



La torre de la catedral araña las nubes.

ras madrugadoras, sufridas y parladoras, en el olivar.

Del tejado se escurre una plasta de nieve; después caen gotitas claras, y, a poco, chorros finos de agua. Hay *blandura*. Las nubes se quiebran. Por las rendijas azules aparece, frío, un sol icterico. Es la señal: ¡resucita la vida!

Pisadas tímidas, esparcidas, machacan la nieve; más, luego. Cenagal las calles. Char-

cos, barrizales. En la carretera tres surcos: uno cada rueda; otro, en medio, de herraduras. La nieve, avergonzada de tanta mancilla, tímida, huidiza, se entierra. Sigue chupando, hipódrico, el suelo. Por fin, un grano mojado, en un canto, para el pajarillo.

—Hace frío, hace frío —dice la mujer.

—Así *tié* que ser—comenta el abuelo—. San Antón, *hogaño*, nos prepara bienes, que na *nevao* en enero.

Ya va el sol cayendo por Los Castillejos y helará pronto. Mañana los charcos será espejos de frío para el sol, y en las umbrías de la Atalaya, del corral, en los valles de los surcos, las migajas de nieve estarán duras, duras..., pero, en verano, habrá faena, de cumplida cosecha, en la era, y, todo el año, pan en el talego.

* * *

La torre de la catedral—monumental dedo índice de la ciudad—araña las nubes. Lloran y se quejan. Resbalan las lágrimas, mansas, por las hierbas tiernas y se esconden, enamoradas, en las corolas de la floración primaveral de la llanura riente. Por las canales juegan a ríos; a hilos de catarata canalón abajo.

Se quejan las nubes con gritos de arco iris. Entre los rotos de sus pardos mantos, usados, el sol poniente—buen amigo—las venga lanzando saetas doradas a la torre y a la ciudad, tumbada, sangrante de destellos en los vidrios de cada ventana. Los dardos que no llegan, perdida la esperanza, hacen más jugosa y verde la siembra acostándose en ella.

Despliegan pimpollos nuevos los árboles de los altos de Santa María; el nogal de junto a la noria, en la huerta blanquita; los olmos a lo largo de la carretera; la higuera en el patio de la casa. Rízase el trigo juvenil en presagio de cañas y granos. Desarruga su pañuelo de lujuria la primera amapola y los deñalitos amarillos de las *candelicas* se ponen huecos. Las margaritas, en redondas bandejas blancas, solean pepitas de oro. Las vides desperezan saumientos tiernos. Quiere estremecerse el barbecho, rojinegro, con la lluvia que le tocó en suerte, pero los olivos lo clavan y las veredas lo atan. Cimbrea los hilos